

Ometéotl — concepción de la deidad suprema en el México prehispánico.

Andrzej Wierciński

El vocablo «símbolo» deriva de *symbollesthai* griega, compuesta de *sym* — junto y *ballein* — arrollar, juntar o reunir. *Symbollesthai* significa, pues, estar enrollado en madeja o reunido. Por lo tanto, el símbolo es un signo que une y agrupa en torno suyo varias acepciones.

El signo siempre tiene una forma determinada: puede ser imagen, palabra, signo de escritura o notación matemática. Su forma recibe significado a través de una asignación casual y arbitraria, una analogía metafórica, de distintos grados de espontaneidad, o un vínculo de hereditaria asociación con los centros emotivos. En este último caso, el símbolo es un arquetipo. El arquetipo y el signo arbitrario constituyen dos extremos del proceso de simbolización.

En la etapa avanzada del desarrollo del pensamiento religioso el hombre consituye un objeto vivo cuyo signo simbólico preexiste en la conciencia de la deidad suprema. El mismo enfoque representa la ciencia contemporánea al afirmar que el genotipo del hombre determina estados del desarrollo de su fenotipo y que la interiorización de la instrucción simbólica por parte del medio educativo determina, junto con el genotipo, el desarrollo de la personalidad del hombre.

La parte consciente de la personalidad humana está evidentemente concentrada en torno a un núcleo, manifestándose éste, desde el punto de vista psíquico, como el sentir del Yo propio del hombre; del Yo que es simple e indivisible y puede entablar varias relaciones asociativas con diferentes conceptos. La esquizofrenia no consiste en un desdoblamiento del Yo, sino de la personalidad.

La centralización del ente humano es perceptible también desde el exterior,

manifestándose sobre todo a través de la composición del sistema nervioso cuyo núcleo central se halla en la cabeza.

Mas, el principio de centralización el hombre lo experimenta también en derredor suyo. En cada sociedad hay una autoridad que gobierna; igualmente, una célula viva, un átomo, el sistema solar o una galaxia poseen sus núcleos organizadores. No se puede prescindir de Ja eventualidad de que el universo en expansión, el cosmos, también se rija por el principio centralizador, ya que — según el modelo cosmológico actualmente más en boga — se expandió de un gas elemental sumamente comprimido en el cual se produjo algún tipo de explosión.

La religión, considerada desde el punto de vista institucional, y su concepción del mundo tampoco lograron escaparse a este principio, representado primeramente por un chaman y luego por la élite teocrática encabezada por el sumo sacerdote. Incluso cada una de nuestras parroquias tiene su párroco o pastor.

También los modelos religiosos del mundo siempre comprenden un símbolo central que organiza en torno suyo el contenido de estos modelos. Dicho símbolo expresa, ineludiblemente, el universal principio de un centro integrador e iniciador.

El presente trabajo se dirige a mostrar ese tipo de símbolo central en la religión mexicana, conocido bajo el nombre de Ometéotl.

El estudio más completo, hasta el momento, de la concepción de Ometéotl fue realizado por Miguel León Portilla¹. Sin embargo, siendo escasas las fuentes escritas consultadas por León Portilla, su planteo del problema resulta demasiado limitado. Hace falta sobre todo un análisis etimológico de la palabra «Ometéotl», ya que en casos como éste la intuición lingüística suele ser infalible.

Sabido es que la palabra en cuestión consta de dos vocablos: *Orne* — dos y *téotl* — dios. Se trata de un dios concebido como capaz de manifestarse dual. Pero uno no puede limitarse a un análisis tan superficial, puesto que en la mentalidad arcaica las asociaciones fonéticas originaban frecuentemente toda una variedad de asociaciones semánticas. Analicemos, pues, más detenidamente los elementos fonéticos de nuestra palabra, basándonos en el diccionario de R. Simeón². Según esta obra, *on* u *om* es una partícula verbal que se une con pronombres personales y tiene un significado complementario, contribuyendo también a cierta

1. M. León Portilla: *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México 1959.

2. R. Simeon: *Dictionnaire de la langue náhuatl ou mexicaine*, Graz 1963.

elegancia fónica de la expresión. Además, se la usa para unir los numerales, por ejemplo: *maclactli om-ome* significa doce. Finalmente, se emplea *on* y *om* como indicadores de lugar, por ejemplo: *oncan* — allí donde, aquí, he aquí. Es característica del significado que tiene *om-on* la presencia de esta sílaba en palabras tales como *onoc* — ir, *omaxalli* — combinación de varios caminos o senderos (!), *omachtia* — enseñar el camino a alguien, *ornacie* — completo, lleno.

Luego, la partícula *te*, incluida fonéticamente en el vocablo *téotl*, significa : alguien, otro, mucho, extremadamente; mientras que *otli* connota la idea de canal, arteria, vena, rastro o conducto, reduciéndose a *otl* cuando va al final de la palabra. De ello se desprende que *téotl* en su acepción más profunda significa: el Camino de Alguien Muy Grande, correspondiendo, además de guardar un parecido fonético, a Tao chino que significa Camino y Sentido. Tao también encarna la capacidad de manifestarse dual, siendo denominado Tai-chi-tu, Finalidad Suprema, que comprende dos extremos: Yang e Yin.

El conocido poema de los *Cantares Mexicanos* (A. M. Garibay K.³) se refiere lapidariamente al camino hacia Ometéotl:

¿A dónde iré?
 ¿A dónde iré?
 El camino de Ometéotl
 ¿Por ventura es tu casa en el lugar de los descarnados?
 ¿Acaso en el interior del cielo
 o solamente aquí en la tierra
 es el lugar de los descarnados?

Y en el texto que sigue se afirma que todos nosotros iremos a la casa de Ometéotl.

En el texto aducido encontramos una serie de calificaciones referidas al entorno de Ometéotl, a Su Casa llamada País de los Descarnados, donde los muertos pierden su forma corporal. Aquel lugar se halla en lo alto e interior del cielo, siendo el camino hacia allí pendiente y escarpado como si pasase por una montaña. Por ello, otro poema de la misma recopilación dice refiriéndose a Ometéotl-Dador de la Vida:

«En el cielo tú vives;
 la montaña tú sostienes,
 el Anáhuac en tu mano está».

3. Todos los textos citados de los *Cantares mexicanos* han sido traducidos por A. M. Garibay K.: *Historia de la literatura náhuatl*, México 1953-1954.

Sabemos también, a través de otros textos, que la Casa de Ometéotl lleva el nombre de Omeyocan, Lugar de la Dualidad, designado en fórmulas rituales que se repetían en ceremonias como la de nacimiento de una criatura como Lugar Muy Alto o, con más precisión en otras fuentes, como espacio ubicado más allá de los nueve, once o doce cielos o pisos celestiales. Concretamente, se trata del tredécimo piso, el más alto, donde empieza la teo- cosmo- y antropogonía. Es allí donde nacen los dioses e, igualmente, las almas humanas, que vuelven a aquel espacio tras borrarse totalmente lo terrenal y convertirse en los Descorporizados. Se dice que es lugar donde existe la vida y de donde las almas son enviadas a las criaturas, que han de recorrer un largo camino para poder encontrarse en el cuerpo de su madre. Asimismo, es allí donde se determina el destino de los hombres y de todas las cosas. Encontramos también la denominación: Casa de las Plumas de Quetzal.

Mas, lo esencial es que se trata del Lugar de Ometéotl, concebido éste como capaz de manifestarse dual y, por lo tanto, de organizar al mundo en antinomias pareadas.

Generalmente, la simbolización de antinomias mencionadas es igual a la de otras religiones astrobiológicas y creencias anteriores, o sea a través del dimorfismo sexual del hombre (A. Wierciński⁴). Consecuentemente, Ometéotl aparece con dos rostros designándose en este caso a Omeyocan como lugar donde residen el Gran Dios y la Gran Diosa, el Hombre y la Mujer Celestes, Ometecuhtli y Omecihuatl, el Señor y la Señora de la Dualidad.

Ometéotl mismo es una fuente inexplorable de todo lo que existe y vive. En el *Códice Ríos* se constata que a Ometéotl no se le ache ofrendas porque «no es demonio, ni tiempo, ni hombre». No fue creado sino él creó a sí mismo; es invisible e impalpable como Yohualehecátl, Viento de la Noche.

Dado lo anterior, «nadie puede ser amigo del Dador de la Vida; sólo es invocado, a su lado junto a él se puede vivir en la tierra», según describe el famoso poema del rey Nezahualcóyotl. El mundo constituye únicamente un libro de pinturas, en el que viven los hombres «coloreándolo con sus cantos». Nezahualcóyotl afirma que el Dios supremo no solamente crea las cosas como si fueran obras de arte, sino también las

4. A. Wierciński: *El papel simbólico del dimorfismo sexual en las ideologías arcaicas* (en polaco), «Prze-gład Antropologiczny», Vol. 47, 1981, pp. 285-299.

transforma y destruye «sombreándolas». Dice Nezahualcóyotl: «sólo Tú alteras las cosas, como lo sabe nuestro corazón» y continúa: «después destruirás a águilas y tigres y con tinta negra borrarás lo que fue la hermandad, la comunidad y la nobleza» porque «sólo en tu libro de pinturas vivimos, aquí sobre la tierra». Pregunta entonces el autor: «¿Acaso de veras se vive con raíz en la tierra?», «Nadie sabe bien qué es tu riqueza, qué son tus flores, ¡oh, Creador de ti mismo!». Aparece aquí un símbolo de suma importancia, el de la flor, del cual se hablará más adelante y más allá del sentido superficial atribuido por León Portilla quien afirma que se trata de la poesía. Aquí sólo conviene ilustrar el otro sentido que se trasluce de la flor con palabras de Chan k'in (Pequeño Sol), chaman de los lacandones, recogidas por Bruce⁵: «K'akoch [Gran Fuego y también Esposo Dos o Señor Dos] es el dios de los dioses, más allá de lo que el hombre pueda conocer o comprender. K'akoch hizo la tierra, el agua, el primer sol y la luna. K'akoch creó la flor de nardo e hizo que los dioses nacieran de sus flores».

Siendo concebido Ometéotl, independientemente de todas las objeciones al respecto, como sujeto y persona y no como lo abstracto filosófico de lo Absoluto, la fundamental calificación de este numen la constituye el principio paternal, benigno en cuanto a su carácter, mientras que la función maternal, aspecto esencial de la dualidad de Ometéotl, está expresamente sometida a la paternidad masculina. Ilustran perfectamente este fenómeno las fórmulas rituales que acompañaban el nacimiento de una criatura, recogidas por Sahagún⁶. Por ejemplo, la partera decía a una niña recién nacida: «Señora mía muy amada, seáis muy bien llegada, trabajó habéis tenido; os ha enviado acá vuestro padre humanísimo, que está en todo lugar, criador y hacedor [...] No sabemos la ventura o fortuna que te ha cabido, no sabemos qué son los dones o mercedes que te ha hecho nuestro padre y nuestra madre, el gran señor y la gran señora que están en los cielos...».

El fragmento aducido recalca el desdoblamiento en Ometecuhtli y Omecihuatl, aunque más adelante reaparece la idea de la unidad de Ometéotl: «... seáis muy venida, seáis muy bien llegada, guardéos y ampáreos y adórneos, provéaos el que está en todo lugar, vuestro padre y madre, que es padre de todos».

5. R. D. Bruce, C. Robles, E. Ramos Chao: *Los lacandones. Cosmovision maya*, México 1971.

6. B. I. Sahagún: *Historia general de las cosas de Nueva España*, ed. A. M. Garibay K., México 1956 capítulos 30-33).

Habiendo nacido un varón, la fórmula se reducía a lo siguiente: «... deseo que te guíe, y te provea, y te adorne, aquel que está en todo lugar». A través del baño ritual que al niño recién nacido lo purifica del mal llegamos a saber que este mal se remonta a la época anterior al principio del mundo, al igual que el destino de cada ser humano: «... límpieos él que está en todo lugar, y tenga por bien de apartar de vos todo el mal que traéis con vos desde antes del principio del mundo. Vayase fuera, apártese de vos lo malo que os ha pagado vuestra madre y vuestro padre».

El agua de la primera ablución ritual del niño, purificadora del protomal y del mal heredado de los padres, debe su facultad a la presencia de Ometéotl, que en esta función muestra dos rostros: él de Chalchiuhtlicue y de Chalchiuhtlatonac. He aquí un texto que versa sobre ello: «... Píadísima señora nuestra que os llamáis Chalchiuhtlicue o Chalchiuhtlatonac; aquí ha venido a este mundo este vuestro siervo, al cual ha enviado acá nuestra madre y nuestro padre, que se llama Ometecuhtli y Omecihuatl, que viven sobre los nueve cielos, que es el lugar de la habitación de estos dioses; no sabemos qué fueron los dones que trae; no sabemos qué le fue dado antes del principio del mundo; no sabemos qué es su ventura con qué viene revuelta, no sabemos si es buena, ni si es mala, qué tal es su mala fortuna, no sabemos qué daño o que vicio trae consigo esta criatura, tomado de su padre y madre; [...] lleve el agua toda la suciedad, que en él está, porque esta criatura se deja en vuestras manos, que sois Chalchiuhtlicue y Chalchiuhtlatonac y Chalchiuhcihuatl, que sois madre y hermana de los dioses; en vuestras manos se deja esta criatura, porque vos sola merecéis y sois digna del don que tenéis para limpiar desde antes del principio del mundo...».

Es característico que Ometéotl se transfigura en una manifestación más precisa a través de la unión con el objeto mediante el cual actúa. En ello precisamente consiste el monoteísmo relativo de religiones astrobiológicas, convirtiéndose éstas en politeísmo a lo más en la conciencia de los ingenuos, hecho que puede registrarse en el catolicismo por ejemplo, y su culto popular a Madonas y santos locales. Para mejor aclaración citemos otro ejemplo de manifestación más concreta de Ometéotl: «Hijo mío muy amado, y muy tierno, cata aquí la doctrina que nos dejaron nuestro Señor Yohualtecuhtli y la señora Yohualticitl, u padre y madre; de medio te corto tu ombligo; sábetete y entiende, que no es aquí tu casa donde has nacido, porque eres soldado y criado, eres ave que

llaman quecholli, eres ave que llaman zaquan, que eres ave y soldado del que está en todas partes...».

Asociado con la noche, es Ometéotl un dador del destino y del programa de cómo debe proceder el ser humano, tanto el hombre como la mujer. Y es asociado con la noche porque el destino y las normas de conducta fueron determinadas antes del principio del mundo, antes de que se hizo la luz, en la oscuridad de la noche. Este aspecto lo aclaran otros dos fragmentos de las fórmulas rituales que se repetían cuando nacía una criatura: «Nota, hija mía — dice la partera antes de cortar el cordón umbilical de una niña recién nacida — que del medio de vuestro cuerpo, corto y tomo tu ombligo, porque así lo mandó y ordenó tu padre y tu madre Yohualtecuhli, que es señor de la noche, y Yohualticitl, que es la diosa de los baños; habéis de estar dentro de casa como el corazón dentro del cuerpo, no habéis de andar fuera de casa, no habéis de tener costumbre de ir a ninguna parte [...] en este lugar os entierra nuestro señor, aquí habéis de trabajar; vuestro oficio ha de ser traer agua y moler el maíz en el metate; allí habéis de sudar, cabe la ceniza y cabe el hogar».

Habiendo dicho esto, la partera procedía al entierro mágico, en la hoguera, del cordón umbilical de la niña, mientras que el cordón de muchacho se lo enterraba en el campo de batalla. Pero antes de cortarlo la partera decía refiriéndose al destino determinado antes del principio del mundo, durante la protonoche: «... no sabemos si nuestro señor te prosperará y engendrará el cual está en todo lugar; no sabemos si tienes algunos merecimientos o si por ventura has nacido como mazorca de maíz anieblada, que no es de ningún provecho; o si por ventura traes alguna mala fortuna contigo que inclina a suciedades y vicios; no sabemos si serás ladrona. ¿Qué es aquello con que fuiste adornada? ¿Qué es aquello que recibiste como cosa atada en paño antes que el sol resplandeciese?»

Después, se dice: «... con todo eso tendréis trabajos y cansancios y fatigas, porque esto es ordenación de nuestro señor, y su determinación que las cosas necesarias para nuestro vivir las ganemos y adquiramos coa fatigas y sudores, y con trabajos, y que comamos y bebamos con fatigas y trabajos [...] por ventura tamanita como sois, os llamará él que os hizo; por ventura seréis como cosa que de repente pasará pro delante de nuestros ojos, y que en un punto os veremos y os dejaremos de ver; hija mía muy amada, esperamos en nuestro señor».

Fue entonces cuando se procedía a cortar el cordón umbilical de la niña.

- Por consiguiente, todo sucede por la voluntad y sabiéndolo Ometéotl, hecho confirmado expresamente en palabras de agradecimiento de la parturienta: «Señoras nuestras de gran valor; aquí estáis sentadas por la voluntad de nuestro señor, que está en todo lugar. Bien he visto el trabajo que habéis tenido todos estos días pasados, que ni habéis dormido, ni reposado, esperando con mucha angustia el suceso del paito...».
- Finalmente, la paternidad de Ometéotl no consiste en que éste concede al hombre recién nacido una predestinación determinada y cuida de él durante toda su vida, sino en que crea en Omeyocan, su morada celeste, el elemento espiritual de cada hombre con algo como un germen de su futuro destino, esencia más profunda y totalmente espiritual de su individualidad. Este elemento constituye un reflejo de Ometéotl mismo. He aquí lo que dicen los padres después del nacimiento de su hijo: «...habéis sido formado en el lugar más alto, donde habitan los dos supremos dioses, que es sobre los nueve cielos. Os han hecho de vaciado, como una cuenta de oro, os han agujereado como una piedra preciosa muy rica y muy labrada vuestro padre y vuestra madre, el gran señor y la gran señora...».
- Aparece aquí la idea del vacío circundado por un anillo. Precisamente este centro circular, casi un punto, constituye la envoltura más interior de Ometéotl. Este es, en realidad, el significado del nombre empleado por el rey Nezahualcóyotl o Ixtlixochitl. Se trata de Tloque Nahuaque, Señor o Dueño de Cercanía y Proximidad del Círculo (= *nahuaque*). Resumiendo, Ometéotl es el señor de cualquier centro integrador y potencia del centro de Mandala.
- Mas, la esencia espiritual de una criatura recién nacida equiparada a un disco de oro agujereado en el centro, o a chalchihuitl, pertenece también a una esfera más amplia aún — a la masa de sus antecesores, una montaña preciosa de la cual fue arrancado el disco. He aquí el texto de la parturienta: «...es por cierto este niño como una planta, o como una proven o mugrón que dejaron echada sus abuelos y abuelas, es como un pedazo de piedra preciosa, que fue cortada de los antiguos, y ha muchos días que murieron; hánosla dado nuestro señor, a esta criatura, pero no tenemos certidumbre de su vida...».
- Los fragmentos aducidos, de los textos rituales que acompañaban al nacimiento de criaturas ofrecen la imagen de Ometéotl y su ambivalencia paterno-materna de una manera expresamente personal y subjetiva. Es imagen del mismo Dios que aparece en la Biblia. Como Padre, es

creador del mundo y de los hombres que determina los destinos humanos y, al mismo tiempo, es la providencia que alimenta y abastece. También es dador de una moralidad prehistórica que determina el orden social. Actúa y sabe todo por la fuerza de su voluntad.

Es particularmente característica la paradoja del paradero de Ometéotl.

En las fórmulas rituales se repite constantemente la expresión: «nuestro señor está en todo lugar» que corresponde plenamente al principio de uno de los poemas de Nezahualcóyotl: «No en parte alguna puede estar la casa del inventor de sí mismo. Dios, el señor nuestro, por todas partes invocado, por todas partes es también venerado. Se busca su gloria, su fama en la tierra. El es quien inventa las cosas», etc.

Con igual frecuencia se repite la ubicación de Ometéotl en el piso más alto, y al mismo tiempo más importante, del cielo.

¿Cómo conciliar la omnipresencia con una presencia específica en el piso celestial más elevado? No es suficiente decir que Ometéotl une todas las contradicciones, incluida la de lugar. Hoy día podríamos decir que se trata de un tiempo multidimensional en el cual un acontecimiento determinado ocurre simultáneamente en distintos lugares. Pero, en tal caso, Ometéotl tendría que ser el Señor del Tiempo. Y, realmente, así es: aparece como Señor del Tiempo y a la par — con el nombre de Huehuateotl-Xiuhtecuhtli — como señor de universal energía del fuego que anima y destruye. En este papel es también Señor del Centro de Toda la Realidad.

Un himno dedicado a Ometéotl dice que éste reside, como Señor del Tiempo y del Fuego, en el centro del cielo, de la atmósfera, del mar y de la tierra:

«Madre de los dioses, padre de los dioses, Huehuateotl, el dios viejo,
tendido en el ombligo de la tierra,
metido en un encierro de turquesas.
El que está en las aguas color de pájaro azul,
el que está encerrado en nubes,
el dios viejo, el que habita en las sombras de la región de los muertos,
Xiuhtecuhtli, el señor del fuego y del año».

(*Himnos a los Dioses*)⁷.

La figura de Huehuateotl, Dios Viejo, conocida ya en Teotihuacán, era la expresión más concreta de Ometéotl. Es característico que, conforme

7. *Himnos a los dioses*, traducción de textos de B. de Sahagún por Garibay: *op. cit.*

con el nombre que lleva, era una escultura de un hombre entrado en años y con barba, atributos que corresponden a los de Ometéotl y a la expresión «la Madre y el Padre de los Dioses», así como a la omnipresencia que se le atribuía. Xiuhtecuhtli, su manifestación más concreta aún, aparece en los códices en forma de un varón maduro, con numerosos atributos y en varias situaciones y también con una corona de plumas que llevaban los reyes de México.

La asociación del fuego con el tiempo en forma de Huehuetéotl-Xiuhtecuhtli recuerda el famoso fragmento de *Bhagavadgita* donde se presenta la imagen del numen supremo (traducción de F. Michalski⁸): «Os conozco sin principio, sin medio, sin fin, lleno de una potencia infinita, con el sinfín de brazos, con la Luna y el Sol en lugar de vuestros ojos, con boca flamante cuyo ardor calienta a todo el mundo. El espacio entre el Cielo y la Tierra y todas las regiones del mundo son llenas de vos solamente. Habiendo visto vuestra prodigiosa y abominable forma, enmudecieron los tres mundos ¡oh, Soberano! [...] Cuando veo vuestra boca con terribles colmillos parecidos al fuego devorando las épocas cósmicas, no sé distinguir los rumbos del universo ni escaparme. ¡Tened piedad, oh Soberano de Dioses, Soporte del Mundo! Vuestras enormes llamas, ¡oh, Visnú!, calientan a todo el mundo llenándolo de resplandor. Reveladme quien sois vos bajo esta forma tan despe-luznante. Sed bienvenido, señor altísimo, tened misericordia. Quisiera conoceros tal como fuiste en los tiempos más remotos, porque no puedo comprender vuestro fenómeno».

Y el Supremo dijo: «Yo soy el Tiempo Imperioso, que destruye los mundos...».

Esta concepción hindú del Padre del Mundo (así lo llama finalmente Ardzuna) y sus caracteres de fuego y de tiempo nos llevan, a su vez, al himno de David a Yahvé (II Samuel, 22⁹):

«La tierra se removió, y tembló;
 Los fundamentos de ios cielos
 fueron movidos,
 Y se estremecieron, porque él se airó,
 Subió humo de sus narices,
 Y de su boca fuego consumidor
 Por lo cual se encendieron carbones,

8. *Bhagavadgita*, trad. S. F. Michalski, Ultima Thule, Kraków 1910.

9. *La Santa Biblia*, Nueva York 1977, trad. Casiodoro de Reina.

Y abajo los cielos, y descendió
 Una oscuridad debajo de sus pies,
 Subió sobre el querubín, y voló;
 Aparecióse sobre las alas del viento,
 Puso tinieblas alrededor de si modo de pabellones;
 Aguas negras y espesas nubes.
 Del resplandor de su presencia.
 Se encendieron ascuas ardientes.
 Jeová tronó desde los cielos,
 Y el altísimo dio su voz.
 Arrojó saetas, y desbaratólos;
 Relampagueó y consumólos.
 Entonces aparecieron los manantiales de la mar
 Y los fundamentos del mundo fueron descubiertos
 A la represión de Jeová,
 Al resoplido del aliento de su nariz».

En la visión de Daniel aparece un río de fuego que se derrama del Trono de Dios, y en la visión de Ezequiel el fuego es el elemento constituyente de Dios mismo, al igual que en la teofanía de Moisés (Exodo 24,17): «Y el parecer de la gloria de Yehová era como un fuego abrazador en la cumbre del monte, a los ojos de los hijos de Israel».

También se sabe que Jehová es la «Roca de los Eónes» del Libro de Isaías. En su doble aspecto, ambivalencia del fuego y del tiempo, Ometéotl es un soberano y rey del mundo, patrón de los reyes en la tierra. He aquí un fragmento del *Códice Florentino* (cf. León Portilla¹⁰):

«Y sabían los toltecas
 que muchos son los cielos,
 decían que son doce divisiones superpuestas.
 Allá vive el verdadero dios y su comparte.
 El dios celestial se llama Ometecuhtli
 y su comparte se llama Omecihuatl, Señora celeste;
 quiere decir:
 sobre los doce cielos es rey, es señor».

El final del texto aducido subraya que, no obstante manifestarse dual, Ometéotl es un solo rey, un solo Señor Celestial, un verdadero Dios. León Portilla recalca en su comentario que la expresión *in nelli teotl* concierne el singular. *I-námic*, la partenaire, se deriva de la palabra *namiqui* — encontrar, ayudar. Según el diccionario de Molina, *i-námic* significa «igual a él», indicando la procedencia.

10. Tomado de M. León Portilla: *op. cit.*

A Ometéotl, llamado in Tloque in nahuaque, se lo denomina también «Totecuio in ilhuicahua in tlalticpaque in mictlane», o, según León Portilla, Nuestro Señor, Dueño del cielo, de la tierra y de la región de los muertos, traducción que, como hemos visto, corresponde a los atributos de lugar de Huehuetéotl-Xiuhtecuhtli.

Toda la cuestión del señorío y del fuego nos lleva a la supuesta morada de Ometéotl, que parece radicar en el tredécimo piso celestial. En la composición de las trece constelaciones de E. Schwarz¹¹ este lugar está señalado precisamente por la tredécima constelación, llamada Mamalhualiztli, Talardo de Fuego. Talardo de fuego es también un instrumento mexicano para producir fuego y, a la par, símbolo del centro. La constelación mencionada comprende dos líneas, de cinco estrellas cada una, que corresponden a la espada y el cinturón de Orion. Es una coincidencia verdaderamente sorprendente; no obstante, es de notar que las correlaciones astronómicas suelen ser para México poco acertadas. Sin embargo, suponiendo que Schwarz tiene razón, habría que hacer la pregunta por qué precisamente los alrededores de Orion fueron elegidos para señalar la ubicación de Omeyocan en el cielo. Es difícil contestarla, pese a sorprendentes analogías con Egipto y China.

Según las creencias egipcias, el principal elemento espiritual del hombre fue denominado Sahu, «cuerpo espiritual» (Budge¹²). Sahu es eterno, impalpable, transparente y animado por una potencia de fuego (¡sic!) o energía divina, llamada Sekhem. Después de la muerte del Gran Iniciado, Sahu y Sekhem van hacia Orion, denominado Sah. He aquí el texto del rey Unas, traducido por Budge: «El Sahu de Unas no le fue quitado. Comió la inteligencia de todos los dioses; su vida es eterna, su existencia consiste en permanecer para siempre en Orion».

La misteriosa relación entre Orion y el espíritu resplandeciente que forma parte del Dios Celeste ha sido confirmada también en China. Dicho espíritu se llamaba allí Shen (sorprende la coincidencia fonética con Sahu) y bajo el nombre de Ngo-Po era considerado como divinidad principal de la legendaria dinastía Hsia (la constelación de Escorpión jugó este papel para los Shang). A él se le consagró el principal cerro de culto de la dinastía Hsia, cerro de Orion llamado Shen. Nuevamente enfrentamos una asociación con el poderío inicial, con el primitivo sistema estatal chino. Habiendo caído los Shang y su Escorpión, Shen-Orión vuelve

11. E. Schwarz: *Les traditions de l'Amérique ancienne*. Dangles, St. Jean de Braye 1982.

12. E. A. W. Budge: *The gods of the Egyptians*, Dover, New York 1969.

a ocupar el lugar privilegiado durante la dinastía Dshou y goza de un culto especial en el reino Tsin.

Mas, regresemos a México y completemos nuestras divagaciones sobre Ometéotl-ejecutor del poder y Ometéotl-creador inmóvil. El poema de Tecamachalco tomado de la *Historia tolteca-chichimeca* (cf. León Portilla¹³) ofrece el siguiente fragmento:

«En el lugar del mando, en el lugar del mando gobernamos:
Es el mandato de mi Señor principal.
Espejo que hace aparecer las cosas.
Ya van, ya están preparados.
Embriágate, embriágate,
Obra de Ometéotl
El Inventor de hombres,
el espejo que hace aparecer las cosas».

El contenido de este pasaje es más bien enigmático. Pero Ometéotl, en relación al lugar del que emana el poder, es expresamente comparado a un espejo que hace aparecer las cosas y los hombres, opuesto al Espejo Humeante, es decir Tezcatlipoca, principal adversario de Quetzalcóatl.

Y es aquí donde llegamos al meollo del problema. Conviene reconocer que el culto de Ometéotl, con su monoteísmo relativo, es religión profesada por Quetzalcóatl mismo. Habiendo referido la división tolteca del cielo, con Ometéotl en el plano superior, podemos ilustrar esta tesis con el texto que alude a la actitud religiosa de Topiltzin-Ce Acatl-Quetzalcóatl, quien reza dirigiéndose hacia el interior del cielo, más allá de los nueve pisos celestiales (*Anales de Quauhtitlán*¹⁴):

«Y se refiere, se dice que dirigía sus voces hacia el interior del cielo,
rezaba e invocaba a
Citlalinicue, Citlallatonac,
Tonacatecuhtli, Tonacacihuatl,
Tecolliquenqui, Eztlaquenqui,
Tlallamanac, Tlalichcatl,
Allí los invocaba y lo vieron los viejos].
Hacia Omeyocan que está más allá de los nueve cielos.
Y lo sabían los que allí vivían; a ellos llamaba.
A ellos invocaba lleno de humildad y arrepentimiento».

13. Tomado de M, León Portilla: *op. cil.*

14. *Anales de Quauhtitlán*, traducción de W. Lehmann: *Die Geschichte der Königreiche von Colhuacan und Mexico*, Stuttgart 1938.

Un lector poco atento podría pensar que se trata de un politeísmo típico. Nosotros, sin embargo, sabemos ya que Omeyocan es el paradero de Ometéotl y que éste une dos rostros opuestos, de Padre-Madre, Ometecuhtli y Omecihuatl. La serie de nombres dimorfos especificados en la oración de Ce Acatl Quetzalcóatl permite concretar la pareja representada por Ometéotl. La serie empieza con una manifestación cósmica: Citlallinicue (La del Faldellín de Estrellas) y Citlallatonac (Estrella que Hace Lucir las Cosas). El primero de los nombres mencionados describe a Omecihuatl como la Señora del Cielo Nocturno y la Madre de los Dioses, o sea Teteo-inan, mientras que el otro se refiere a Ometecuhtli como Señor de la Luz del Centro, representado por el sol. La siguiente pareja está integrada por Tonacatecuhtli (Señor del Sustento) y Tonacacihuatl (Señora del Sustento), es decir Ometéotl en calidad de Ipelnemohuani (El-gracias-al-cual-uno-vive) y de la Providencia que garantiza los medios de sustento. Con todas estas manifestaciones, Omeyocan se convierte en Tamoanchan edénico, donde el papel más importante corresponde al símbolo de flores del Árbol de Vida, llamado en los *Anales de Quauhtitlán* Árbol de Azucenas. Es una transfiguración de Omeyocan en un centro generador más concreto, que sigue siendo situado en el tredécimo piso celestial, aunque puede ubicárselo también en el séptimo que divide todos los pisos en dos partes iguales.

La palabra Tamoanchan puede interpretarse en náhuatl como «Casa de Defunción o de Nacimiento». Le corresponde el Tammoan maya, «Lugar del Ave Moan», símbolo del tredécimo piso. Moan es un quetzal y no una lechuza como quieren algunos investigadores. El Ometéotl maya se llama Oxclahunti-ku, el Único Dios Trece, mientras que para los quichés su variante la constituye la pareja de Tepeuh y Gugumatz, el Corazón del Cielo, centro generador de la cosmogonía del *Popol Vuh*. Véase por ejemplo el siguiente fragmento: «Sólo los constructores, los Formadores, Tepeuh y Gugumatz, los Dominadores, los Poderosos del Cielo, los Procreadores, los Engendrades, estaban sobre el agua, luz esparcida. Sus símbolos estaban envueltos en las plumas, las verdes; sus nombres [gráficos] eran, pues, Serpientes Emplumadas. Son grandes Sabios. Así es el cielo, así son también los Espíritus del Cielo; tal es, cuéntase, el nombre del Dios».

Sabido es, que Omeyocan-Tamoanchan también estaba cubierto con plumas del ave Quetzal, versión mexicana del ave Fénix. El fragmento aducido del *Popol Vuh* señala la característica fundamental del tredécimo piso:

es un centro activo, océano primitivo de aguas que se juntan con el cielo, una envoltura luminosa dentro de la cual está la dualidad sapiencial-creadora, ambivalencia paterno-materna que es un solo Dios. Sin embargo, en comparación con Tamoanchan no se mencionan el Árbol, las Flores ni las Aves.

Convendría citar ahora una serie de textos referidos a Tamoanchan que versan sobre Ometéotl transformado en Tonacatecuhtli-Tonacacihuatl. Según estos textos, "Tamoanchan es el lugar donde nació la teogonía, la cosmogonía y la antropogonía, siendo esta última representada por la pareja-modelo humana de Oxomoco y Cipactonal. En el conocido principio de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*¹⁵ se dice lo siguiente: «...paresce que tenían un dios a que decían Tonacatectli, el cual tuvo por mujer a Tonacaciguatl o por otro nombre Cachequesatl [Xochiquetzal], los cuales criaron y estuvieron siempre en el treceno cielo, de cuyo principio no se supo jamás, sino de su estado y criación que fue en el treceno cielo».

La teogonía empieza con el nacimiento de cuatro hijos, señores de los cuatro puntos cardinales del área primitiva de poderío. Son ellos los que continúan la creación y producen primero el fuego y el «sol pequeño», y luego la primera pareja humana con su correspondiente destino; sólo después de la aparición de esta pareja prosigue la creación: surge el Mundo Subterráneo y sus señores y, por otra parte, el espacio acuático y Cipactli, monstruo de la tierra.

Otro texto, tomado del *Códice Telleriano remensis*, que explica el significado del nombre Tamoanchan, dice que: «allí está su Casa donde se reúnen [los dioses], donde se yerguen las flores. Es el lugar donde fueron creados los dioses que tienen, es como paraíso en la tierra. Pero dicen también que estos dioses exigían allí que se cortasen flores y ramos de los árboles. Se enfadaron Tonacatecuhtli y Tonacacihuatl y los echaron de allí, y de allí unos llegaron a la tierra, otros al infierno y éstos son los a que tienen».

Según Muñoz Camargo, el cielo de Xochiquetzal, y por lo tanto de Tonacacihuatl, es designado como «lugar de Tamohuan y del Árbol Florido, donde el viento es muy frío, fino y glacial, más allá de los nueve cielos». Una calificación más precisa del Árbol Florido, en relación con las almas de los niños inocentes, está en el siguiente texto tomado del *Códice*

15. *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, ed. S. Chaves, México 1891.

Florentino: «Se dice que cuando criaturas mueren como jades, turquesas, joyas, no van a la espinosa y fría Tierra de los Muertos. Van allí, a la Casa de Tonacatecuhtli, viven al lado del Árbol de Sustento, beben de las Flores de Nuestro Sostenimiento, viven unidos con el Árbol de Sustento, unidos con él beben».

Según los textos de los *Cantares mexicanos*, el papel aquí señalado del Árbol Florido de Tamoanchan y de flores en general se extiende a todas las almas purificadas de los muertos:

«¿A dónde vamos, ay, a dónde vamos?
 ¿Estamos allá muertos, o vivimos aún?
 ¿Otra vez viene allí el existir?
 ¿Otra vez el gozar del Dador de la vida?»

Y después:

«Meditad, recordad de la región del misterio:
 allá Su Casa es; en verdad todos nos vamos
 adonde están los descarnados, todos nosotros los hombres,
 nuestros corazones irán a conocer su rostro».

o aquel otro:

«Verdaderamente allá es lugar donde se vive.
 Me engrano si digo: tal vez todo
 está terminado en esta tierra
 y aquí acaban nuestras vidas.
 No, antes bien, Dueño del Universo,
 que allá con los que habitan en tu casa
 te entonces yo canto dentro del cielo.
 Mi corazón se alza,
 allá la vista fijo,
 junto a ti y a tu lado, Dador de la vida».

Otros textos que podrían aducirse corroboran el simbolismo de flores como centros generadores, dadores de la vida y reguladores, vinculados con la magia de la creadora y transformadora Palabra de Dios.

No se trata, pues, de una poesía pura como quiere León Portilla, o, para que seamos más precisos, no solamente de la poesía, sino también, y sobre todo, de la versión mexicana de iniciación sacerdotal, análoga al enfoque de la Tantra hindú, sus lotos-čacras y la personificación femenina del poder de Šakti relacionada con Šabda-Brahman. Tanto más es evidente la analogía, que en México también se trata de flores acuáticas:

«Sacerdotes, yo os pregunto:

¿De dónde provienen las flores que embriagan al hombre?

¿El canto que embriaga, el hermoso canto?

Sólo provienen de Su Casa, del interior del cielo,
sólo de allá vienen las variadas flores...

Donde el agua de flores se extiende,

la fragranté belleza de la flor se refina con negras, ver
decientes flores y se entrelaza, se entreteje:

dentro de ellas canta, dentro de ellas gorjea el ave Quetzal».

El ave Quetzal corresponde al ave Fénix. En los *Anales de Quauhtitlán*, en el pasaje referido al holocausto se relata que los restos anímico-espirituales de Quetzalcóatl volaron hacia el cielo en forma de aves de varios colores, y que su corazón asumió la forma del ave quetzal transformado luego en el lucero del alba. A la metamorfosis de almas de los difuntos convertidas en estrellas y, en consecuencia, deificadas, alude Sahagún en su relato sobre las pirámides de Teotihuacán, donde la aurora es símbolo de resurrección. He aquí los fragmentos que ilustran esta tesis:

«De Tamoanchan, donde extiende sus raíces el Árbol Florido,
donde se abren las corolas;

¡Venid aquí, Aves Negras y Doradas,

Aves Verdes y Azules,

Quetzal Verde, por todas partes venerado!

Venid de Nonohualco,

región cubierta de agua,

vosotras, aves rojas del sol,

vosotras, criaturas de dios.

El plumaje florido del Ave Verde y Azul [Quetzal]

aquí está;

a Casa de Musgos Acuáticos fue llevada la aurora.

Ya con rojas listas he nacido yo, la Mazorca Florida.

De múltiples colores se matiza nuestro florido sustento:

allá viene a erguirse para abrir sus granos:

está en la presencia del dios que hace lucir el día.

En la región de lluvia y niebla

sólo preciosas plantas acuáticas echan botones:

¡Yo soy la hechura del dios

soy su criatura: he llegado!

El dios te creó, cuál flor te hizo nacer,

cual canto te pintó».

Y después, en los *Himnos a los Dioses*:

«Ya va a lucir el sol,
ya se levanta la Aurora,
ya beben miel de las flores
los variados pechirrojos,
donde se yerguen las flores.
En tierra estás en pie cerca del mercado,
tú, que eres el señor, tú, Quetzalcóatl.
Sea deleitado junto al Árbol Florido;
a los variados pechirrojos,
a los pechirrojos, oíd,
ya cantan los pechirrojos.
¿Es, acaso, nuestro muerto el que trine?
¿Es, acaso, el que va a ser cazado?
Yo refrescaré con el viento mis flores,
la flor del sustento, la flor [que huelea] maíz tostado;
donde se yerguen las flores».

«Mi corazón es flor: está abriendo la corola.
¡ah!, es Dueño de la media noche.
Ya llegó nuestra Madre, ya llegó la diosa Tlazolteotl.
Nació Centéotl en Tamoanchan:
donde se yerguen las flores: I-Flor.
Nació Centéotl en Región de Lluvia y Niebla,
donde son hechos los hijos de los hombres,
donde están los Dueños de Peces de Esmeralda».

«De donde las flores están enhiestas he venido yo:
Viento que proveerá, Dueño del rojo crepúsculo.
Del mismo modo, tú, abuela mía,
la de máscara [eres], Dueña de la Aurora.
Viento que proveerá, Dueño del rojo crepúsculo».

Sin lugar a dudas, las variadas aves encabezadas por Quetzal representan, como ya se ha dicho, los elementos anímico espirituales del hombre. Lo confirma el holocausto de Quetzalcóatl relatado en el *Códice borgia*, donde los cuerpos que se levantan de las cenizas tienen forma de doce serpientes coloradas, todas con cabezas de Ehecatl, y el tredecimo es un corazón en forma de *chalchihuitl* con dos serpientes enrolladas que corresponden, según los *Anales de Quauhtitlán*, al ave Quetzal. Otra confirmación la constituye el texto de Sahagún referido a Teoteteo, es decir, espíritus de los guerreros purificados por haber luchado con sacrificio que se convierten en aves de rico plumaje: «...después de

cuatro años [...] se tornaban en diversos géneros de aves de pluma rica y de color y andaban chupando todas las flores así en el cielo, como en este mundo...».

Simbolizando el ciclo de reencarnación, ya que la flor representa también los órganos genitales femeninos, el ciclo de transformación — que es de cuatro años — transcurre en Tamoanchan, que pasa a ser Tlalocan. He aquí el himno de la mujer que será sacrificada a Tlaloc (*Himnos a los Dioses*):

«¡Ah!, envíame al Lugar del Misterio:
bajo su mandato.
Y yo le dije al príncipe de funestos presagios:
yo me iré para siempre;
es tiempo de su lloro.
¡Ah!, a los cuatro años
entre nosotros es el levantamiento:
sin que lo sepan ellos,
gente sin número,
en la Mansión de los Descarnados;
Casa de Plumas de Quetzal
se hace la transformación:
es cosa propia del Acrecentador de los hombres».

La interpretación reencarnativa corresponde plenamente a las creencias de los mayas de Zinacantan, relatadas por R. Laughlin¹⁶. Los mayas dicen que el hombre tiene trece elementos anímico-espirituales y que es reencarnable. La creencia referida a la variedad de elementos que forman el ente humano tiene origen en el chamanismo primitivo. También es de importancia la identificación de Tamoanchan con el seno materno, siendo éste su concretización más individual y más expresa. Sabemos que los Peces de Esmeralda constituyen el símbolo de feto o de un niño recién nacido y son pescados por Xochipilli-Piltzintecuhtli (véase *Códice Borgia*) y alimentados por Mayahuel-Ayoquehtli. Consecuentemente, el luto terminaba cuatro años después de la muerte. Finalmente, habría que sostener la interpretación reencarnativa con el mito de Quetzalcóatl, prototipo mexicano del Gran Iniciado, donde se habla de su regreso del otro lado del Mar Oriental. También conviene señalar que, siendo — como el seno materno — el lugar de donde pro-

16. R. Laughlin: *Of Wonders Wild and New Dreams from Zinacantan*, «Smithsonian Contributions to Anthropology», t. 22, Washington 1976.

viene el individuo y — como uno de los pisos celestes — el espacio de donde provienen los dioses y los hombres incorpóreos, espirituales, Tamoanchan es a la par el lugar-modelo de origen de las etnias. En este caso se ubica Tamoanchan en la costa del Golfo, bochornosa, húmeda, con abundante vegetación tropical, donde nació la cultura madre olmeca. Pero, en el sentido más esotérico se identifica Tamoanchan con Chalchiuhapazco, Plato Precioso en el medio del océano. De allí provienen los antecesores míticos de los toltecas, que atravesaron el Gran Agua en tortugas y perros.

Un himno de los otomíes contiene la caracterización más breve posible de Tamoanchan: «Vamos a chupar nosotros el líquido de las flores en el lugar de la dicha, de donde hemos procedido, Tierra de Flores, Tierra de Sustento».

Pero Tamoanchan es también denominado Tierra del Color Negro y Rojo, Tlillan-Tlapallan, es decir Tierra de Sabiduría que se desprende de la gnosis de *coincidentio oppositorum*. Por consiguiente, otra concretización de Ometéotl, además de Tonacatecuhtli y Tonacacihuatl mencionados en la citada oración de Quetzalcóatl, está constituida por Tecolliquenqui, la-que-se-viste-de-carbón, y Eztliquenqui, él-que-se-viste-de-sangre, los que finalmente se transfiguran en Tlallamanac, la-que-apiso-na-la-tierra, y Tlalichcatl, él-que-cubre-con-hilo-de-algodón (las nubes). En total hay, pues, cinco pares que representan a Ometéotl en la oración aducida, hecho que corresponde a quincunx, elemento tan característico del Calendario Azteca.

Es de importancia el significado sapiencial de Tlillan-Tlapallan, o sea la posibilidad de entrar en esta zona a través de la Iniciación para la Preciosa Serpiente Emplumada que facilita el acceso al Gemelo Precioso, a nahualli. El camino hacia allí es pendiente y escarpado, pero recorrido éste, se efectúa una unión con el Árbol Florido — que también está en cada hombre — y la consumación del néctar de sus flores. Es pendiente y escarpado porque requiere no solamente una moral de nivel elevado, sino también una subordinación a las normas ascéticas. Así procedía Quetzalcóatl de los toltecas quien profesaba la religión de Ometéotl y rechazaba los sacrificios humanos. He aquí los fragmentos de la *Crónica de Quauhtitlán* referidos a las privaciones del sacerdote ejemplar:

«...su casa de plumas de quetzal.
Allí hacía súplicas,

hacía penitencias y ayunos.
 Y hacía sus espinas
 con piedras preciosas.
 Y cuando ofrecía fuego,
 ofrecía turquesas genuinas, jades y corales.
 Y su ofrenda consistía en serpientes, pájaros,
 mariposas, que él sacrificaba...».

Sahagún recalca también una serie de calificaciones morales e intelectuales que debe poseer el sumo sacerdote que asumió el título de Quetzalcóatl. Así, pues, su elección no debe obedecer al origen social noble, sino a los buenos modales, ejercicios ascéticos y sabiduría. El sumo sacerdote debe ser virtuoso, humilde, piadoso, serio, lleno de amor hacia los hombres, misericordioso y temeroso frente a Dios. Al pasar al nivel más alto de la iniciación, este hombre se convertía en la imagen del Dios único por representar el símbolo vivo de Ometéotl. Por ello, Sahagún, aludiendo a Quetzalcóatl de Tula, escribió que

«lo tenían por único dios,
 lo invocaban
 le hacían súplicas,
 su nombre era Quetzalcóatl.
 El guardián de su dios,
 su sacerdote,
 su nombre era también Quetzalcóatl.
 Y eran tan respetuosos de las cosas de dios
 que todo lo que les decía el sacerdote Quetzalcóatl
 lo cumplían, no lo deformaban».

El adversario de Quetzalcóatl fue Tezcatlipoca, patrón de hechiceros agresivos y sacerdotes demoniacos, partidario de los sacrificios humanos. Su culto tuvo dos auges: en la época de los oJmecas y en el período del imperialismo azteca. Así como los sacrificios de Quetzalcóatl de Tula evocan inevitablemente las creencias de los otomíes, así también la naturaleza jaguaroide de Tezcatlipoca se remonta a la época de los nahuas arcaicos. Sin embargo no se puede excluir que, igual que en el chamanismo siberiano, se trata de una división en dos iniciaciones: una «blanca» y otra «negra», una que lleva a la magia benéfica y otra que facilita el ejercicio de una magia agresiva. Evidentemente, para la realización de la expansión militar era más útil el culto a Tezcatlipoca y es él que, en la medida de que pase el tiempo, absorbe el culto a Quetzalcóatl. Y es entonces cuando Tezcatlipoca casi llega a desempeñar el

papel de Ometéotl, como puede verse en los discursos, citados por Sahagún, pronunciados con motivo de fiestas familiares y otras actividades.

El Quetzalcóatl tułano toma la bebida hecha por Tezcatlipoca y consume una hierogamia con Quetzalpetlatl-Xochiquetzal, siendo la bebida un teometl que produce alucinaciones. Es el pecado más grave aunque imprescindible en el *curriculum vitae* del sacro soberano, al estilo de los zapotecas. Por consiguiente, el Árbol Florido de Azucenas, Árbol Cakr, queda roto. Según los *Anales de Quauhtitlán*, después de la «caída» de Quetzalcóatl sus servidores entonan el siguiente canto:

«¡Ah, nos había mantenido en propiedad,
ellos eran nuestros gobernantes,
el Quetzalcóatl!
Vuestras esmeraldas brillan,
el madero ensangrentado se ha roto;
helo aquí, lloremos».

México conoce la urbanización desde la época de Teotihuacán y sería extraño si no hubiese aparecido el motivo de la Jerusalén Celestial asociada con Omeyocan. Y realmente aparece, verbigracia en el libro de Torquemada¹⁷: «...que residían [Citlallatonac-Ometecuhtli y Citlallinicue-Omecihuatl] en una ciudad gloriosa, asentada sobre los once cielos, cuyo suelo era más alto y supremo de ellos; y que en aquella ciudad gozaban de todas las riquezas del mundo; y decían que desde allí arriba región, y gobernaban toda esta máquina inferior del mundo, y todo aquello que es visible e invisible, influyendo en todas las ánimas, que criaban todas las inclinaciones naturales, que vemos en todas las criaturas racionales e irracionales y que cuidaban de todo, como por naturaleza les convenía, atalajando desde aquel su asiento las coasas criadas...». Finalmente, convendría analizar más detenidamente la concepción maya de la divinidad suprema denominada Hunab-ku, definida por el diccionario de Motul como «el único dios vivo y verdadero, el dios supremo del pueblo de Yucatán, que no tiene imagen ya que, según dicen, dada su incorpoieidad no existe concepto alguno en cuanto a su aspecto». Esta definición tiene su bella y viva expresión en *El libro de los Cantares de Dzitbalche*¹⁸. He aquí el magnífico cantar noveno:

17. Fray Juan de Torquemada: *Monarquía Indiana*, ed. Chaves, México 1943.

18. A. Barrera Vázquez: *El libro de los cantares de Dzitbalche*, t. 9, México 1965.

«...Viene por los cuatro
 ramales del camino de los cielos donde
 está la casa de la estera en que rige
 el sabio Hunabk'u,
 aquel que recuerda al hombre
 que es difícil la vida aquí
 en el mundo para quien
 quisiera ponerse
 en le afán de aprender.
 Y que aquí en la tierra
 de salud
 porque es el Señor
 del fuego, del agua, del aire, de la tierra,
 Señor de este mundo,
 de todas las cosas hechas por él.
 El Señor Hunabku
 es quien da lo bueno
 y lo malo
 entre los buenos y los malos.
 Porque él
 da su luz
 sobre la tierra; porque
 es el Dueño
 de todas las cosas que están
 bajo su mano, lo mismo
 el sol que la luna; lo mismo
 la estrella humeante, que es como
 la flor luminosa de los cielos; lo mismo
 las nubes que las lluvias;
 lo mismo el rayo
 que la más pequeña mosca; lo mismo las aves
 que los otros animales...».

Un enfoque semejante de Hunab-ku aparece en los cantares tercero y octavo. No cabe duda que el Hunab-ku yucateco corresponde a Ometéotl de los toltecas, méxicas y sus antecesores. Podemos registrar semejante mono-teísmo relativo en todas las religiones astrobiológicas antiguas, y no sólo en ellas, ya que éste se encuentra también entre los aborígenes australianos que dan culto a Baime celestial sentado en un trono de cristal de roca. ¿En qué grado corresponde este enfoque al esquema evolucionista (actitudes mágicas aisladas — animismo — politeísmo — monoteísmo) y, por otro lado, al «monoteísmo primitivo» del padre W. Schmidt? Según el autor del presente trabajo las dos concepciones son demasiado simplificadas y no llegan al fondo del problema. Parece

que, independientemente de lo extensa que sería, la documentación siempre demostrará la coexistencia de una tendencia monoteizante y otra politeizante, siendo superior una u otra en determinada manifestación religiosa local. Posiblemente, es una exteriorización de la oposición unidad-multiplicidad que pulsa, entre otros, en el pensamiento religioso de la humanidad. Si es así, la tarea de los que se consagraron al estudio de religiones consistirá en revelar los determinantes de cambios en la estructura de dicha oposición.

Varsovia, 31 de mayo de 1983.